

La poesía hoy: posiciones y perspectivas

SAÚL YURKIEVICH
Université de Paris VIII - La Sorbonne

El Primer Congreso de Poesía Escrita de Lengua Española, organizado por el prestigioso Instituto Caro y Cuervo, convocó a un grupo representativo de poetas de las dos orillas del mundo hispanohablante. Merced a su variada procedencia, podemos considerar a los participantes portavoces de nuestra entera comunidad lingüística. Por eso este volumen, que recoge sus ponencias presentadas durante el congreso, constituye una verdadera caja de resonancia del ámbito literario de nuestra lengua en su vasta extensión. Por coincidencia y divergencia, por la pluralidad de poéticas puestas en juego, por su multifacética manifestación, por el espejeo de su confrontación, da cuenta en acto y en vivo del estado general de nuestra poesía. Patentiza posiciones, propósitos, expectativas, premoniciones, permite saber cómo, por qué y dirigidos a quiénes se escriben los múltiples mensajes generados por diversas concepciones, percepciones y expresiones de la experiencia poética.

Aquí los poetas se auscultan a sí mismos, se autoanalizan para justificar sus procederes, intentan dar las razones del canto imponiéndose un deslinde entre el ejercicio efectivo de la poesía y la conciencia técnica y crítica que sus escrituras implican. Se trata aquí de explicitar la proyectiva, de tornar expresa, objetivándola, la teoría que prefigura sus prácticas textuales, de analizar su condición específica de poetas en relación con el contexto cultural originario que los involucra y determina. Se trata de poner en claro su situación con respecto a esta época del ocaso de las utopías, de caducidad de los modelos canónicos, de nuevo auge del liberalismo económico y su creciente monopolio de la comunicación por medios electrónicos, de la mundialización de una homogénea cultura de masas. Pero no sólo se solicita a los poetas con-

gregados de ubicarse frente a la actualidad en la era de la internacionalización informática, también se los incita a conjeturar, en vísperas del segundo milenio, cuál será la forma, cuál el papel de la futura poesía.

Tal suerte de predicción acerca del carácter de una literatura potencial la acomete magistralmente, por gusto del riesgo y por espíritu propenso a lo hipotético, Italo Calvino en su *Seis propuestas para el próximo milenio*, referidas sobre todo a la narrativa. Cuando se trata de poesía, como lo evidencia este volumen, sentimientos ambiguos, dubitativas profecías o francas resistencias priman. La poesía es, sin duda, el género que con mayor ahínco suele salirse de la historia eventual o profana, el menos sujeto a las exigencias de lo real efectivo, el más exento de razón de uso.

Exclusiva o inclusiva, reconcentrada y regresiva, la poesía quiere siempre o casi siempre volver al origen, a estados primordiales del ser, a los destiempos de la temporalidad más entrañable, responder a los mandatos profundos de la psique. Quiere rememorar la subsumida historia personal o la ancestral, rescatar la inmemorial que los sueños figuran. Cada tanto, en las épocas de renovación imperiosa, la poesía es sacudida y despertada de su letargo mítico. La presión del presente la saca de su atavismo ensoñador y la impulsa a remozarse y renovarse, a retomar el contacto vivo con la historia progresiva, a lanzarse hacia el mañana.

Paradójicamente, el vaticinio acerca de la poesía venidera se formula en un momento de clausura del horizonte histórico y de retracción del campo de la conciencia posible (quizá no en lo tecnológico, pero sí en las artes y en las ciencias humanas), cuando el ciclo de la modernidad parece cerrarse de tal modo que resulta muy difícil detectar latencias, los gérmenes o generadores de la literatura naciente. Estas conjeturas operan en el crepúsculo de las vanguardias, de un historicismo movilizador en continua transformación. Se debe profetizar ahora, cuando el catálogo de innovaciones formales parece agotado y las preceptivas se liberan de compromisos compulsivos y del afán de novedad. En este vacilante dominio del *postmodern*, de desconcierto errático, de indecisas libertades estéticas, de perspectivas difusas, las únicas opciones viables parecen los *revivals*. Cuando lo estéticamente incitativo son las recreaciones arqueológicas, la evocación de pasados fabulosos, las evasiones exóticas o esotéricas, cuando el arte se ensimisma en su hedónica inherencia, el pronóstico acerca de la poesía del segundo milenio resulta dificultoso, está de antemano condenado al pesimismo o la pusilanimidad.

A menos de adoptar la doble estrategia del modernismo, la una reminiscente y fabulosa, la otra de adelanto, de actualidad propulsada al porvenir.

Muchas son las concomitancias culturales entre el fin del siglo diecinueve y el del veinte. La situación del movimiento modernista con respecto a su época a la vez de clausura y de apertura se asemeja a la nuestra. Nostálgica de lo legendario, apetente de esencialidad, de licencia sensual, de voluptuosa ilimitad imaginativa, de sublime sacralidad, nuestra época está a la par sometida, por la exploración de la materia y del espacio interestelar, a continua expansión del universo conocido, está sujeta a permanente substitución instrumental y a desplazamientos cada vez más automáticos y más veloces. Con dúctil desembarazo, con extraordinario talento de anexión, de imitación y de invención, los modernistas cultivan sus delicuescentes y decadentes propensiones, satisfacen las nostalgias imperiales, reviven los reinos de ensueño, rememoran Walhalas y paraísos orientales, escenas galantes del Versalles dieciochesco, las orgías de Heliogábalo, la lujuria lasciva de Salomé, el perfume de sándalo de la Sulamita, donceles ambiguos y huries dadivosas, papemores y bulbules. Y concomitantemente se enfervorizan con los rascacielos de las urbes electrificadas, con los nuevos medios de comunicación que expanden la realidad a escala planetaria, con la arrolladora modernidad. Entusiastas de lo nuevo, se adaptan al ritmo y el temple de ese tiempo de vertiginosas modificaciones y adoptan los recursos expresivos para representarlo —lo fragmentario, lo bocetado, lo discontinuo, la captación instantánea, el montaje diversificador, los contrastes simultáneos, el verso libre, la variación de tono, registro, tempo, módulo.

Antón Arrufat expresa, como nadie, la lasitud crepuscular frente al imperioso optimismo modernólatra, a la ilusión de un tiempo lineal en permanente progreso. Arrufat encarna la decepción defensiva ante el catastrófico balance del siglo veinte, caracterizado por la proliferación de artefactos dañinos y el exceso de residuos tóxicos. Considera a la vez que todo fin de siglo es una abstracción, una sensación ilusoria de fin de los tiempos. El tiempo continúa sin cesar su sinuosa progresión y el cambio de época no es más que un postulado mental. Arrufat reivindica los fueros de la subjetividad poética. Para protegerlos, la poesía se ausenta de un presente adverso y deslucido. Así da curso a su anhelo quimérico, a la fabulación de esplendrosos pasados, a los acicates de una fantasía que busca la satisfacción imaginaria de sus íntimos deseos. En su ideal retorno a la edad de oro, la poesía, desgravada de todo deber, exculpada de todo cargo de conciencia, abandona gozosa el restrictivo, impositivo dominio realista. Puede así recobrar el esplendor voluptuoso de los reinos perdidos, las tierras de prodigios, los reactores míticos que la imaginación anhela.

Otras propuestas de recuperación de los generadores mitopoéticos hacen ahínco en el imaginario de nuestra América, los localizan en el espacio de la autoctonía para propiciar el retorno al origen, a la naturaleza oriunda, a la tierra madre, depositaria de todos los gérmenes, restauradora de la plenitud del comienzo. Este naturalismo visionario se vincula con la cultura mestiza, con la amalgama del fabuloso trasfondo indoamericano con la lengua castellana, vehículo de la Europa renacentista. Reedita la devoción telúrica de Pablo Neruda a partir del *Canto general*, la poesía que todo lo naturaliza, la que se instala en la placenta mítica, en la uterina interioridad de las materias madres, la que desciende hasta la matriz engendradora de toda creación. Con José Lezama Lima, busca la genuina expresión americana, la transfusión de *imago* entre lo precolombino y el Occidente colonizador, la América barroca que fusiona el retablo eclesiástico con la majestad incaica, la América que se apropia de su paisaje para convertirlo en literatura vernácula.

Álvaro Marín propone una poética fundada en este nativismo reparador y restauradora del vínculo umbilical que liga con la naturaleza matricia, numen y modelo, arcano y arquetipo de toda concepción. En su seno, la poesía se vuelve expresión placentaria. En un ansia de englobamiento, circulación y activamiento cósmicos, vuelve a sumergirse en las aguas germinativas que son fondo y origen, recobra la solidaridad raigal entre hombre, pez, piedra, árbol, astro, entre los humores acuosos y los ríos subterráneos. Con su hambre sideral y su sed mitológica, Luis Cardoza y Aragón encarna, según Marín, el paradigma de esta poética. Cardoza y Aragón recupera la memoria hundida, el edén sepultado, hace aflorar de nuevo el legado maya, recompone el cuerpo deshecho de su pueblo, reconcilia el mito fundador con la agónica entrada de América en la historia.

También José Luis Arcos brega por devolver a la poesía su capacidad visionaria, su facultad cosmovisiva, su arcana ligadura con el misterio de la Creación. Considera invalidada la utopía del progreso que deriva del racionalismo optimista de la Ilustración. Ante el limbo vacío de la sociedad post-moderna con su empobrecimiento espiritual, quiere preservar la poesía como voz del origen, colocándola fuera de la órbita del poder económico, al margen de los centros metropolitanos de decisión que condenan la periferia a la subordinación histórica y a una anacrónica indigencia. Sacramento de ser a ser, la poesía se convierte en saber de reconciliación, en agente de la visión unitiva. A la tradición de la modernidad, tradición de la ruptura con sus cortes revolucionarios, con sus saltos nacionales e instrumentales, a la belicosa tradición de la competencia opone la de la solidaria convergencia. Palabra

unánime, lenitiva, enaltecedora, la poesía repone, frente al pragmatismo, al frío funcionalismo, el reverente contacto con lo oscuro primordial, con el Gran Todo. Poesía de la totalidad, clave de las universales correspondencias, es por Arcos promovida a la suprema condición de conciencia cósmica.

Para varios de los expositores la poesía obra como factor preponderante de un renacimiento espiritual. Vía iluminativa, analógica y anagógica, la poesía posee, según ellos, las llaves de acceso a un universo intervalente donde todo comunica con todo, donde cada poder, cada cualidad se transfieren de un orden a otro, donde lo mínimo condice con lo máximo. La poesía se cosmifica para instalarse en el reino de las correspondencias universales, en el análogo primigenio de las infinitas equivalencias. Voz de la proteica ilimitud, verbo de la caridad o misericordia supremas, es el agente de enlace con lo trascendental.

También Manuel Silva Acevedo reivindica una poesía de la fe que convierte al poeta en orante y a su palabra en salmo (o ensalmo) redentor. La poesía puede ser camino de salvación. Silva Acevedo da cuenta de su entrada en religión, después del golpe militar de Augusto Pinochet que derroca al régimen democrático de la Unidad Popular. El impacto de este cambio violento lo traumatiza, el vacío social y cultural causado por el golpe lo desola. Los poetas que como él no se exilan quedan «a la deriva en un mar infestado de tiburones y pirañas que privatizan todo quehacer, aún el poético». Esta crisis histórica, motivando un paroxismo de zozobra y de frustración, provoca un descenso espeleológico hacia el fondo de sí mismo donde Silva Acevedo reencuentra su raigambre religiosa. Halla su salida personal de la esclavitud de Egipto, recibe la luz oscura del alma, la visitación que transfigura el canto en cántico, el poema en himno y alabanza de Dios, la catastrófica historia profana en historia sagrada.

Contra el utilitarismo neoliberal, contra la plaga de baales y de becerros de oro, la poesía vuelve a convertirse en teodicea y teología salvadoras. Resguardo de los valores saludables, esperanzado remedio contra la pérdida de todo ideal, resulta conducto de redención. Coincidiendo con este anhelo de alteza purificadora, Alicia Torres propicia una nueva mitología que devuelva a la vida su sacralidad, una nueva conciencia cósmica. Contra la elefanteasis de la subjetividad, contra el ensimismamiento autista de una poesía que se sume en el nihilismo y la depresión, propone recobrar la transparencia y la trascendencia transfiguradoras. La poesía busca, por medio de estos cultores, auspiciar un renacimiento espiritual, religarse a su fuente original, restablecer su ancestral vínculo con la experiencia religiosa. Escrutadora de lo inescruta-

ble, quiere reconvertirse en saber de la otredad, impulso hacia lo oscuro, al más allá de la conciencia, aprehensión transida de la suprema totalidad. Verbo carismático, quiere de nuevo comulgar con lo incondicionado.

Durante tres décadas, una favorable conyuntura histórica posibilita, junto con una general movilización renovadora, otro auge de las estéticas de vanguardia. Como sucedió con el romanticismo aunado a los movimientos de liberación nacional, luego con las vanguardias políticas mancomunadas con las estéticas, hacia los años sesenta las avanzadas políticas vuelven a converger con los grupos artísticos más radicales. La poesía sale de su confinamiento individualista, restablece el contacto con la actualidad candente, busca vitalizarse acercándose a la lengua viva. Abandona su clausura protectora, la celosa protección de sus particulares fueros, quiere participar en la dinámica de la transformación social. Acoge todo lo que resuena en el ámbito comunitario, pasa de lo psicológico a lo sociológico, se prosifica, se politiza, mezcla lo épico con lo lírico. A veces opera implícitamente como acicate de conciencia, como esclarecedora de la situación histórica, como catalizador de la mutación mental. Pero, a menudo se compromete expresamente con la causa revolucionaria. Denuncia, testimonia, apostrofa, arenga. Milita, se vuelve cívica, aleccionadora, saludable, alentadora. Se propone participar en el combate político con todos los recursos (o sea los discursos) a su alcance.

En este volumen, los poetas que preconizan la poética del compromiso social, la constante conexión de lo poético con lo político son minoritarios. Esta circunstancia parece indicar en lo estético un desplazamiento de los centros de interés o de los polos de atracción. Permite pensar en una disconformidad o discordia entre lo histórico y lo artístico como si las grandes causas, las ortodoxias totalizadoras, las retóricas de lo real, los imperativos categóricos no tuvieran validez. Por vía mística, o mítico-mágica o por un epicúreo escepticismo, la poesía corta con lo cotidiano, descrea de toda réplica realista, de toda intención testificadora, recobra su autonomía, se complace con su mundo ilusorio, con sus seductoras configuraciones, busca de nuevo los halagos de una cautivante belleza.

Jorge Enrique Adoum da elogiosa cuenta del proceso que, de César Vallejo a Juan Gelman, reconvierte la poesía en lenguaje de lo cotidiano y la dota de la capacidad de acoger todas las manifestaciones y registros de lo real vivido, de expresar en el idioma de la mayoría la condición común de existencia. Poesía coloquial, del diario acontecer, está siempre atenta a los rumores y reclamos del mundo. Nostálgico del vendaval liberador del 68, Adoum añora la solidaridad comunitaria, esa dinámica confraternal que valida la utopía,

abre al futuro y pone la profecía al alcance de todos. Por eso, y a pesar del fracaso de los socialismos reales, cree en la función salvadora de la poesía, de aquella que esclarece el camino en tanto instrumento crítico de permanente indagación de lo real. Parece que Adoum quiere mantener vivo el ideal de lucidez libertadora heredado de la Ilustración. El poeta ciudadano, el altruista al servicio de los intereses colectivos, apuesta siempre al cambio, al mejoramiento social. Confía en las fuerzas del progreso que aseguran a la poesía la función utópica, la de adelantarse. (Víctor Hugo es el paradigma romántico de esta virtud profética que hereda luego la poesía de vanguardia). La poesía, según Adoum, mantiene en vilo al pensamiento transformador. Es la salvadora laica; posee, en el plano profano de la *polis*, el poder redentor.

Menos optimista resulta el balance y perspectiva que, con precisa agudeza, hace Jenaro Talens acerca de la situación de la poesía en la era electrónica de los simulacros sobre pantalla. Talens pregunta cuál es el papel de la poesía en esta época de predominio informático de las computadoras, qué significa el texto poético en el seno de un universo discursivo y social que ellas imprescindiblemente contribuyen a conformar. En esta densa y preformada red de comunicaciones, la literatura se halla expuesta a disminuir o a perder su especificidad. Modificada por los microprocesadores, por el módem y las impresoras láser, la escritura literaria se confunde con aquéllas que no gozan de un estatuto estético. Para Talens, la literatura registra en cada período de su evolución una concreta inscripción histórica, en tanto discurso codificado, producido y leído socialmente. Cada época propone una programática y una práctica literarias particulares. Talens esboza la evolución de la literatura desde su transmisión oral, cara a cara, pasando a la escrita que instituye la cultura del texto y luego, el culto al libro. En la era de la galaxia Gutenberg, alcanzado cierto estadio del desarrollo industrial, el libro se multiplica y se difunde multitudinariamente. Ahora, en el período del imperio informático, los impresos son reemplazados por simulacros de intercambio electrónico donde nadie habla con nadie, se puede prescindir del mundo exterior y los interlocutores son cada vez más espectrales y más abstractos. Cualquier manipulación o alteración de los mensajes resulta factible y la difusión se torna incontrolable. En esta crisis de la representación, dada la inmaterialidad del vertiginoso flujo de signos, el sujeto pierde toda posición estable a partir de la cual elegir sus opciones y personalizarlas. El escrito se propaga en medio de una creciente acumulación de textos pasajeros, de propiedad incierta y de apropiación superficial que torna insignificante la noción de autor. Para salvaguarda de la dimensión y de la función poéticas, Talens bre-

ga por reforzar la conciencia política del escritor. Según él, la literatura, lugar de resistencia contra la avalancha verborrágica, es el espacio privilegiado para la reflexión acerca del mundo. La poesía no sólo ejerce un poder cognoscitivo, no sólo dilucida nuestra relación con lo existente, también ella restituye al sujeto el papel preponderante en el escrito, subjetivamente enuncia por la persona a cuya existencia remite.

Rafael Alcides denuncia a las sociedades que relegan al poeta, a los regímenes autoritarios que, con sus controles y censuras, lo acallan, lo excluyen, lo encarcelan o lo expulsan. Constante, notable y numerosa es la lista de los poetas desterrados. Por su parte, Eduardo Llanos Medusa establece el registro de los poetas suicidas, atribuyendo esta autoeliminación al carácter radical y abismal de la experiencia poética. Experiencia del límite, extrema las contradicciones, las vuelve inconciliables. Alcides teme que la suplantación de los poetas por la emulación degradante de los cantautores, con la consiguiente merma de lectores acabará por extinguir la poesía. Blanca Strepponi presume que somos los últimos literatos de la especie humana, a menos de saber adaptarnos a las mutaciones técnicas. Considera que ningún arte es hoy factible al margen de la omnipotencia tecnológica. Otros, como Fernando Linero o Carlos Germán Belli, pronostican la desaparición del libro como soporte de la escritura. También Guillaume Apollinaire en 1913, deslumbrado por la imagen animada del cine y por el cilindro fonográfico, presagió el ocaso del libro y la invención de nuevas artes, tal como las táctiles y las olfativas. Belli se pregunta qué reemplazará en lo venidero nuestra immaculada y hospitalaria página en blanco. Supone que en arte no cesará la querrela entre la aventura y el orden, que volverán a producirse en literatura periodos cimeros, que resurgirán poetas de la talla de Góngora y San Juan, de Neruda o de Vallejo. Creo que no debemos temer por el porvenir de la poesía. Con perspectiva milenaria, podemos afirmar que es una constante antropológica. Mientras la especie humana exista, persistirá la poesía.

La poesía representa, ella figura por intermedio de la imagen que actualiza lo representado. La poesía, para Rafael Courtoisie, es la plenitud del presente de la imagen. Presenta la primigenio. El poema, lugar sin lugar, revela ese punto, nudo o vértice hacia donde lo diverso converge, lleva hacia ese polo de atracción o centro de la estrella de innúmeras puntas, hacia el centro de la vasta red de relaciones que el acto poético convoca y comunica. Para la poesía, conocimiento del instante, tiempo siempre vivo, tiempo sin tiempo, nunca es tarde. Su momentaneidad reveladora, la del alumbramiento metafó-

rico, remite al corazón del mito; saca del tiempo progresivo; está por ende fuera de la temporalidad histórica.

Para Hugo Achúgar toda predicción es un salto en el vacío, pero escribir poesía (o sobre poesía) también precipita al vacío. La pregunta acerca de la poesía del próximo milenio implica una doble interrogación: ¿cuál será la poesía del futuro? ¿cuál el futuro de la poesía? Según Achúgar, la poesía representa por imagen desdoblada. El poema es un espacio escénico ilusorio, una pantalla plana (detrás no hay nada) o es un doble, un remedo incierto, una pregunta que abre su signo de interrogación y no lo cierra. El poema inquiere sobre lo informulado, es lo contrario de la asersión segura. El poema, según Fernando Linero es siempre imprecisa expectativa, perpleja probabilidad. Achúgar reivindica la incertidumbre como condición inherente a lo poético, y también a la modernidad en continua revisión de sus premisas. Opone así el humanismo de la incertidumbre a la barbarie de la certeza.

La poesía del futuro es quizá la del pasado, y de algún modo todavía indiscernible estamos ya en ella. Ignoramos su porvenir, intentar preverlo nos lanza hacia lo distante, dudoso y difuso, hacia lo distinto que no podemos aprehender. O, acostumbrados a pensar la historia en ciclos, en vueltas y revueltas, en movimientos alternativamente centrípetos y centrífugos, podemos presumir un vaivén de la poesía que no alterará demasiado sus constituyentes o bases genéricos. El verso libre no invalidó los cortes versales, no acabó con la disposición del poema en segmentos versales. El poema en prosa no alteró las cualidades inherentes a la enunciación lírica. Las infusiones de lo prosario y de lo narrativo en el poema lírico no acabaron con las diferencias genéricas. Los cambios de soporte de los mensajes lingüísticos no han modificado sus estructuras morfosintácticas. Tampoco hay radical mudanza de retórica. Seguramente, las transformaciones de la poesía en el segundo milenio serán más de actitud, de registro y de sensibilidad que formales.